

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco.—*A la Hija del Yumuri*, poesia, por doña María Carlota Húmara.—*Recuerdos*, por la Hija del Yumuri.—*Modestia y vanidad*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco.—*El artista Engel*, reunion en casa de los Sres. de Soler, por PAMELA.—*A Dante*, soneto, por don Narciso Campillo.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.—LAMINAS.—Un figurin.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS Á LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

II.

VALENTINA A LA SEÑORA CONDESA DE CAMPOVERDE.

Recuerdo, señora, la amable insistencia con que V. me encargó que le escribiera al separarnos, y que yo se lo ofrecí, á pesar de lo que me agobiaba el dolor de aquella dolorosa escena: aun recuerdo á Mérida, sentada en un rincón, y llorando mi próxima partida con el semblante oculto entre las manos: recuerdo á madama Honoria, nuestra amable directora, que no hacia mas que repetir:—¡Pobre niña! pobre niña!—todos compadecian á la desgraciada Valentina y tenian razon!

¡Cuánto he debido á V. siempre, señora condesa! jamás llevaba un regalo á sus hijas sin que tuviera yo mi parte en la dulce memoria maternal: aquí soy muy desgraciada! no hago mas que llorar! ya lo sabrá V. por la carta que hace algunos dias escribí á Mérida, y que V. habrá visto sin duda: me he educado lejos de mis padres y hermana, de otra manera que ellos, y difiere nuestro modo de pensar: no tengo yo la culpa de eso, pero soy muy infeliz.

Pensaba haber escrito á V. al dia siguiente que á Mérida; pero me ha acometido una fiebre

AÑO I.—NÚM. 13.

nerviosa que no me ha dejado dueña de mí misma: ya estoy mejor, á Dios gracias, y mi primer cuidado es decirle que nunca me olvido de sus bondades.

Adios, señora, y reciba el tierno afecto de su siempre reconocida servidora

VALENTINA.

III.

LA SEÑORA DE HERRERA A LA CONDESA.

Una madre infeliz, señora, acude á otra madre en busca de consuelo: esta carta me la escribe el señor cura, pues yo por la debilidad de mi vista y mi falta de ejercitar mi mala letra, no podria escribir á V.

Mi Valentina se muere! sí, señora: una anarga melancolía la consume. Desgraciadamente, un hermano mio, que era tambien su padrino, se encargó de su educacion, y la puso en esa córte en un colegio, porque la queria con toda su alma.

—Deja que me encargue yo de tu hija, me dijo: soy rico, pues ya sabes que hice una gran fortuna en América: quiero emplear una pequeña parte de ella en la educacion de Valentina.

—No, respondió prudentemente mi marido: gracias, hermano: te agradezco tu buena intencion, pero no quiero que te lleves á Valentina: no quiero que mi hija sepa mas que sus padres, porque ¿quién sabe si algun dia se avergonzará de ellos? no, no! no te doy á mi hija!

Yo, creyendo esta oposicion una manía suya, procuré disuadirle de ella, y lo conseguí: mi marido, señora, es muy bueno, é hizo cuanto quise: ah! de qué modo tan amargo me pesa ahora!

Se ha verificado lo que mi marido habia previsto: Valentina se avergüenza de nosotros, no nos ama... nos considera muy inferiores á ella: y lo que es peor, se muere!

MADRID 8 DE ABRIL DE 1864.

Señora, V. comprenderá todo el dolor, toda la desesperacion que llena mi alma, y no estrañará que le pida un favor: puesto que V. tiene tanto influjo con mi hija: puesto que ella nombra sin cesar á la de V., le ruego que le escriba dándole conformidad y buenos consejos: ella tiene en mucho la buena opinion de V., y si usted la consuela con algunas hermosas palabras dulces y suaves, no dudo que mejorará.

¡Ay, Dios mio! ¿por qué, siendo tan hermosa, tiene un corazon tan duro? porque duro le tiene cuando tanto nos hace sufrir, y cuando no se contenta con su suerte.

Señora, todo entre nosotros le causa hastío y disgusto: la sencillez de nuestras costumbres: nuestros hábitos de modestia y economía: se avergüenza de sus padres, como mi marido habia previsto; rehusa salir de su cuarto para todo y no hace mas que llorar.

El dia de su cumpleaños me esmeré cuanto pude en hacerla unos pastelillos, creyendo que, pues tanto me los han alabado siempre, á ella le habian de gustar tambien: mas ¡ay! al verlos delante, dijo:—¡Qué diferencia de los de la Suiza de Madrid!

Dicho esto, rompió á llorar desconsoladamente, y se retiró de la mesa sin probar nada!

Señora, ¿qué es lo que enseñan en esos opulentos colegios que tan caros cuestan? á buen seguro, que no es la verdadera religion que enseña la paciencia y la conformidad! yo soy una tosca labradora, y tal vez me esplico mal; pero, señora, ¿no debian enseñar á las niñas á honrar padre y madre? ¿á ser humildes, amables y cariñosas? ¿no debian enseñarles, ante todo, la paciencia en la adversidad y la fortaleza en los cambios de fortuna? Yo creo que, donde nada de eso enseñan, roban el dinero de la manera mas miserable!

Señora condesa, saque V. de ese colegio cuanto antes á esa niña tan buena como un ángel! que no aprenda á despreciar á los suyos y á ser desgraciada! Pero no: la señorita Mélica no experimentará las penas que mi pobre Valentina, porque no hallará diferencia entre la casa de su madre y el colegio de esa señora Honoria: pero la mia... ah! ahora siento no ser rica por la primera vez en toda mi vida!

Dispénsese V., señora condesa, mi atrevimiento en importunarla con mi carta, sin tener el honor de conocerla, mas que por el mucho bien que de V. me ha dicho mi hija: la que la importuna, se acoge al sagrado título de madre, y al de su mas humilde servidora

MARTA GARCIA HERRERA.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

A LA HIJA DEL YUMURÍ,

Poetisa cubana.

Hija feliz del suelo enardecido
donde el sol tropical sus rayos quiebra
sobre un campo de flores revestido,
pensil eterno que su luz celebra,

Guarda en su pecho la encendida llama
reflejo de ese cielo que la inspira,
y el hondo pensamiento en que se inflama
palpita tierno en su enlutada lira.

Alma de fuego que se agita inquieta
como las hondas de los bravos mares;
amor, potente amor la hizo poeta;
preside amor sus mágicos cantares....

Hija del Yumurí, ¿por qué evaporas
tal sentimiento con externo culto?
ese raudal de lágrimas que lloras,
mas heróico, mas grande fuera oculto.

El dolor que se ostenta halla consuelo,
rasgan los ayes su siniestro manto;
un corazon herido solo al cielo
debe mostrar su mísero quebranto.

¿Qué pides á ese mundo indiferente
cuando rie cruel de tus dolores,
y á los suyos tal vez busca un ambiente
de júbilo y olvido y resplandores?....

¡Ay! no profanes el recuerdo bello
que vive de tu pecho en lo profundo;
si él de tu inspiracion es el destello,
no hagas, Hada de amor, cómplice al mundo.

Destroza sin piedad tu propia vida
preséntate risueña y adornada,
cubre de flores la sangrienta herida,
brinda alegre en la copa envenenada;

Y allá en tu soledad, cuando la noche
pía te oculte á indiferentes ojos,
de la insecable vena suelta el broche
y en lágrimas anega tus enojos.

MARÍA CARLOTA HUMARA.

RECUERDOS.

Era una noche bella y pura como el primer
ensueño que, por un prisma de matizadas flores,
se nos presenta en la temprana edad de las
doradas ilusiones: la inalterable calma que rei-

naba, permitía á las azuladas olas del Océano deslizarse una tras otra sin agitacion y lánguidamente deshacérse al tocar la perfilada quilla de la ligera nave que me conducía á las playas de la vieja Europa.

La pálida luz de una apacible y deliciosa luna se reflejaba en el movable espejo, y el aterciopelado firmamento, bordado de diminutas y temblorosas estrellas, parecia estar á nuestros piés: tal era la exactitud con que lo copiaba el poderoso elemento.

Entregada yo á una observadora meditacion, contemplaba la grandiosa obra del Creador universal, y un himno de mística adoracion, tierno y sencillo, se elevaba de lo íntimo de mi alma lleno de un santo fervor.

Mas como la imaginacion voluble y fugaz, caprichosa é inquieta, se adapta á la variedad de objetos que la ocupan, muy luego se viera sorprendida por diversos recuerdos, proyectos, imágenes y formas tan distintas que en vano trataría de unirlos en este momento.

La solemnidad de la hora, el punto donde me hallaba, y el augusto silencio únicamente interrumpido por la bronca voz del timonero ó del guarda, convidaban á gozar de un inefable encanto.

La agitacion en el seno del mundo, tan léjos de mi en aquel instante, la conciencia de la pequenez humana, que se hace mas perceptible en medio de los mares, los peligros á que nos esponemos intrépidos en nuestras arriesgadas empresas, las pasiones que tan desapiadadamente hieren el corazon, todo me ocupaba predominando con mas fuerza en mi ánimo la consideracion de cuán ilimitada es la ambicion de algunos séres, y cuantas exigencias injustas traen consigo.

La ambicion, ó mas bien la falta de conformidad con la suerte que nos acompaña, es el origen de que nadie sea feliz completamente, pues bastaría estar satisfecho y creerse dichoso para serlo.

El hombre, ávido siempre de algo, que no posee, se alimenta con la halagüeña esperanza de obtenerlo, y á veces, en medio de la mas negra desgracia, se enseñoorea sostenido por su pasajera ilusion.

¿Por qué, pues, desear mas de lo que le plugo al destino concedernos? Inmutable ley que en vano el mortal trata de doblegar ante su voluntad.

Pero no existe un corazon bastante fuerte capaz de resistir á las pruebas á que el Eterno lo somete, y en medio de su inquieta y desazonada lucha, brilla un rayo de esperanza que alienta el espíritu que desfallecia en la inacion.

¡La esperanza! bálsamo santo, consolador y

constante, que en medio de la adversidad se nos ofrece como el calmante de la desesperacion, presentándonos la dulce idea de alcanzar algun dia el objeto de nuestros deseos.

¿Qué importa que la esperanza sea una mera ilusion? ¿Todo, en la vida, no lo és? por lo tanto, disfrutemos de su benéfica influencia, porque faltándonos, sucumbiríamos al peso del dolor, que sin distincion nos visita.

Goce de la vida y sus placeres todo aquel que se hallé en disposicion de hacerlo, en tanto que yo vuelvo á reanudar el roto hilo de mi relacion marítima y de nuevo me trasporto á la cómoda cámara de la velera nave, donde deseosa de un tranquilo reposo me habia entregado al mas pacífico sueño, despues de haber contemplado por largas horas la magnífica y espléndida belleza del firmamento en el mar.

Era mas de la media noche, cuando un confuso tropel de fuertes pisadas que resonaban sobre cubierta me arrancaron de los apacibles brazos de Morfeo, y trémula, convulsa, indecisa al aspecto de algun peligro, indagaba con ansia la causa de tal bullicio; pero todos corrían apresurados sin oirme, mientras que yo batallando con los fuertes balances, y equilibrándome cuanto podía, afectada hasta lo sumo, me abrazaba á mi madre tambien atribulada y confusa.

De pronto el capitán, honrado marino, que á sus profundos conocimientos unia la mas estrema prudencia, llegó donde reunidos todos los pasajeros esperábamos quizás una verdad amarga engañados por un deseo del bien; y nos hizo saber que á la vista un buque de piratas, era preciso tomar todas las medidas que en esos casos prestan mejores resultados; primeramente ocultar las señoras, preparar las armas y mostrar resolucion.

Los cañones que yacian en el mas completo abandono ocuparon su correspondiente lugar, las señoras se sumergieron entre los comestibles de la bodega, y aunque un tanto consternados, los hombres resueltos subieron sobre cubierta mirando con ansiedad acercarse con el buque opresor el momento del peligro.

Pero como Dios no desampara á los afligidos que le invocan, acojió piadoso la ferviente oracion que los desgraciados navegantes alzaban hasta Él en su amargo conflicto, y los piratas temieron abordar á un buque que parecia llevar tanto refuerzo de hombres y de armas, y sin mas que algunas palabras cambiadas al acercarse, de una á otra embarcacion, se izó bandera de paz y seguimos, no sin haber creído asfixiarnos en el encierro cruel en que nos vimos.

No fué ese el solo motivo de queja que nos acompañó: una furiosa tormenta, arrastrándonos entre sus desenfrenadas ráfagas, intentó arrojarnos á las desiertas costas del Africa.

Oscurecido el sol por las enlutadas nubes que se estendian cubriendo el firmamento, hizo perder el rumbo seguro, y en el fragor de la desencadenada tormenta un desorden general circuló entre los que nos veiamos espuestos á una muerte próxima.

Las blancas velas hechas girones flotaban á merced del viento que las azotaba, arrebatando á su impulso en pedazos la obra muerta que desaparecia en el torbellino atronador.

El sordo rugido de la soberbia borrasca, el bramar de las enfurecidas olas, ora formando horribosas montañas, ora hundiéndose á nuestros ojos, amenazaba tragarse cuanto se opusiera á su furiosa carrera.

Dibujábase en las negras aguas el encendido resplandor de los deslumbradores relámpagos, y la blanca espuma se enseñoreaba sobre el oscuro manto que la mecía á su capricho, ya queriéndola elevar hasta las nubes, ya sumergiéndola en profundas concavidades.

Tres dias duró con la tempestad nuestra constante agonía: al fin el cielo apareció brillante y puro, y un airecillo agradable se hizo sentir, sucediendo á tanta desolacion, á tanto llanto, el placer de hallarnos tocando la apetecida tierra.

Pisamos al fin con indecible deleite el suelo de Andalucía, bendiciendo la divina Providencia, que tras un inmenso mar de pesares, nos ofrece la paz y la felicidad, aunque tan breve pero tan dulce, y mucho mas para el que ya envuelto en el manto melancólico de los pesares no espera ni recuerda que existe otra cosa que la amargura que le despedaza.

¡Cuánto dolor inunda el corazon del que fiel á su patria se encuentra lejos, muy lejos de ella!.....

Pero como todo en la vida tiene su término marcado, y como todo está sujeto á la constante variedad que nos impulsa, todo el mal sufrido está remunerado con la dulce felicidad que gozamos á nuestro regreso.

Báñase el corazon entristecido en un pléyago de sublime ventura, goza el alma la mas benéfica expansion, respira el pecho antes oprimido y sofocado y creése el viajero elevado al Edén fantástico que la imaginacion poética forma en sus mas rosados sueños.

LA HIJA DEL YUMERÍ.

MODESTIA Y VANIDAD.

(Continuacion).

Esta carta quedó cerca de tres meses sin respuesta; mas á fines de julio, Elena se decidió

á escribir esta otra, que causó en el ánimo de su amiga la mas viva alegría.

«Mi buena Susana: si no he contestado antes á tu carta, ha sido porque esperaba todos los dias ver cumplido mi deseo: desgraciadamente, me veo obligada á renunciar á la sola cosa que yo esperaba, que anhelaba con todas mis fuerzas: segun dices muy bien, es una costumbre, y hasta un deber para una parisien, el hacer un viaje de estío: por esta razon, me prometia ir, bien á Baden, á Vichy ó á Biarritz: mas ¡ay! querida mia! juzga de mi enojo, de mi pena, al verme obligada á renunciar á ello! sin embargo, no permaneceré por mucho tiempo en Paris: no! aunque tenga que ir á enterrarme en una aldea inhabitada, no estaré aquí, mientras todas mis amigas van partiendo á las aguas y se despiden de mí, con aire de insultante comiseracion!»

«Ya comprenderás, mi querida Susana, cuán grato me seria verte: sabes tambien que te amo lo bastante para preferir el viaje á Thibouville, á cualquier otro: por lo mismo puedes contar conmigo, á condicion, sin embargo, de que no alterarás el orden de tu casa, bajo el pretexto de que recibes á una parisien: yo me arreglaré con lo que tengais; en el campo, como en todas partes, es preciso saber tomar su partido.»

«Estoy muy triste, querida mia: ¡ah! jamás hubiera creído que habia de verme precisada á renunciar á un viaje á las aguas! ¡qué amarga, qué dura es algunas veces la vida! en tanto que una es libre, no se duda de la felicidad: pero tú sabrás ya tambien, desgraciadamente, que el matrimonio no es siempre alegre y rosado!»

«Muy mal invierno has debido pasar, pobre Susana: me estremeezo solo al pensar en la monotonía de tus hábitos, y creo que el estío tendrá mas encantos para tí, si ves al lado tuyo á tu Elena: perdóname esta pueril vanidad, pero sabe, sin embargo, que si cuentas conmigo para distraerte y para que te ayude á soportar tu aislamiento, te engañas, porque yo no estoy alegre ya, y tengo muchas razones para que así suceda.»

«Hasta el martes, llegará con el tren de la mañana, tu amiga

ELENA DE EMERY.»

V.

El dia anunciado, llegó Elena á la pequeña estacion de Thibouville, y quedó suspensa al ver, por la portezuela del coche, que solamente habia dos casas cerca del modesto desembarcadero.

Al apearse, se halló en los brazos de Susana que la estaba esperando: abrazóla tiernamente

la joven campesina y la condujo fuera de la barrera.

Al salir de ella, vieron á Mr. Riviere que se adelantaba para recibir á la viajera.

—Luis, aquí tienes ya á mi querida amiga Elena, dijo alegremente Susana.

Mme D'Emery y Mr. Riviere cambiaron un cordial saludo: cerca de ellos se hallaba una linda carretela, tirada por dos magníficos caballos que piafaban de impaciencia: un criado sin librea colocó las cajas y las maletas en la traseira; despues Mr. Riviere presentó la mano á Elena para ayudarla á subir al carruaje, colocóse Susana al lado de su amiga, Luis ocupó su sitio, é hiriendo el cocheró el suelo con su látigo como una señal de marcha, salió el magnífico tronco al trote largo.

Durante el trayecto, Elena miraba á Susana con creciente asombro: esta comprendió la espresion de aquella mirada, y dijo sonriendo:

—Estoy muy bien de salud, no es verdad? has-ta hallarás que he engruesado: el aire del campo dá un apetito ridículo, ya lo verás por tí misma... pero Elena, tú estás pálida! sin duda tendrán la culpa las diversiones y los bailes del invierno, ¿no es cierto? Aquí no trasnochamos nunca, te lo prevengo: y para que el acostarte temprano no se te haga violento, te haré pasear mucho, á fin de que el cansancio te traiga el sueño.

—No me has escrito que tenias una carretela, dijo Elena á su amiga.

—Por cierto que eres muy indulgente en llamar así á este modesto carruaje, repuso Susana sonriendo: es muy cómodo, sin embargo, y yo me hallo en él muy bien, al menos así lo pretende mi marido.

—¡Oh, los caballos son magníficos! ¡qué briosos y gallardos! exclamó Elena suspirando.

—Vamos: ya veo que esos elogios son un cumplimiento á la direccion de Luis: tú sabes que él se ocupa mucho de perfeccionar las razas... ya verás otros mejores, y si te contentan, él se tendrá por dichoso en ofrecerte un tronco para tu elegante carruaje de París.

—Si mi marido te oyese, dijo Mme. D'Emery, quizá te tomara la palabra: tiene una pasion desenfadada por los caballos y los jokeys: verdaderamente en este punto es insoportable: pero ¡ah! en París, los hombres son todos lo mismo! solo desean lo que no tienen, ó lo que no pueden tener, y es imposible poseer buenos caballos en París, con menos que con 90 ó 100,000 francos de renta.

Elena pronunció estas palabras con acento breve, pero con una amargura profunda, y la amable Susana, para quien no pasó desapercibida, cambió insensiblemente la conversacion.

Algunos instantes despues, el carruaje entró

en un vasto patio, en el fondo del cual se levantaba una gran casa, mas ancha que alta: á los dos lados del edificio, se elevaban en forma de torrecillas, dos palomares, sobre cuyos tejados de pizarra revoloteaban dos nubes de pichones: alrededor del patio se veía un verdadero cordón de puertas: tan grande era el número de departamentos: muchas de aquellas estaban abiertas y dejaban ver á los criados, ocupados unos en dar el pienso á los magníficos caballos, y otros en sacarlos al campo.

Mr. de Riviere saltó del carruaje y ofreció su mano á Elena, y despues á Susana, que condujo á su compañera hácia una puerta cerrada con cristales: esta se abrió al instante para darles paso.

Dos mujeres, una anciana y joven la otra, vestidas de campesinas, se adelantaron hácia ellas.

—Hé aquí tu camarera, dijo Susana á madama D'Emery, presentándola á la muchacha: yo la he educado durante el invierno, y la he habituado á mis gustos, para dedicarla á mi servicio: te la cedo mientras permanezcas aquí, querida Elena: tú la perfeccionarás, y ella se tendrá por muy dichosa en servir á una bella parisien, ¿no es verdad, Juana?

—¡Oh, si señora! respondió la joven ruborizándose.

Elena, poco atenta á la buena voluntad de la joven aldeana, que la miraba pasmada de su belleza, penetró en la habitacion que se extendia detrás de la puerta entreabierta: paseó por ella su mirada, y exclamó:

—¡Ah, qué lindo salon!

—¡Cómo! ¿te parece bonita esta enorme sala? preguntó riéndose Susana: ¡eres, por cierto, muy indulgente! espero, amiga mia, que te agradará mas tu cuarto: vén; quiero conducirte á él, porque me parece que desearás desembarazarte del sombrero y del polvo del camino.

Diciendo esto, Susana asió del brazo á su amiga, y ambas atravesaron piezas alegres y claras, guarnecidas de muebles útiles: grandes cortinas de cutí de hilo, estendidas delante de las ventanas, atenuaban los rayos del sol.

Susana hizo entrar á su amiga en una primorosa habitacion: cubria las paredes un papel azul y blanco, del todo semejante á la persa de que estaban formadas las cortinas del lecho y de las ventanas. Juana, que las seguía, abrió las maderas, entornadas desde por la mañana, y el sol iluminó una antigua cómoda á lo Luis XV y un tocador del mismo estilo, adornado de magníficos bronce cincelados; en un ángulo habia un aparadorcito cargado de esos mil objetos indispensables á los hábitos de una joven elegante. Un antiguo tapiz de los Gobelinos cubria el pavimento; una pequeña péndola rocoóco de-

jaba oír su acompasado tic-tac sobre la chimenea: á los lados lucían dos candelabros cincelados, y dos enormes floreros de loza, del tiempo de nuestros abuelos, llenos de rosas, de lilas y de narcisos, que esparcían en la estancia un fresco y delicioso perfume.

A través de las ventanas, se divisaban los grandes árboles del jardín, y se respiraba el dulce aroma de la madreelva que subía hasta el muro, en verdes y flexibles espirales.

—Aquí tienes un pequeño y pobre nido, dijo Susana con su radiosa sonrisa: al lado de tu lecho hay una campanilla, con la que podrás llamar á Juana cuando la necesites: te dejo por breves instantes: muy pronto vendré á buscarte para el desayuno: mi amada Elena, no vayas ahora á molestarte en una *toilette* muy esmerada, porque tenemos que ir á recorrer los bosques y á visitar toda la casa.

Mme. de Rivière hizo á Elena un gracioso gesto de tierna despedida y salió con su paso ligero y casi infantil. Juana la siguió, y Elena quedó sola en aquella habitación tan alegre, tan llena de luz y de sol.

(Se continuará.)

(Arreglo del francés).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL ARTISTA ENGEL.

REUNION EN CASA DE LOS SRES. DE SOLER.

Hermosura, diamantes, flores.

Vuestra revistera, amadas lectoras, os va á hablar de cosas que, de seguro, os han de agradar: de música, de flores, de lindos trajes y de dulces versos: ved aquí las deidades, á las que debe rendir culto la mujer: la naturaleza, las artes y la moda: es decir, la belleza ideal y la belleza material.

La una habla al alma, la eleva y la lleva á las hermosas regiones del sentimiento: la otra encanta los ojos y despierta las simpatías del corazón.

El domingo 3 dieron los Sres. de Soler una pequeña, pero encantadora fiesta, á sus amigos de confianza; la que ostentó tal carácter de franqueza y de cordialidad, que tuvo lugar en las habitaciones interiores.

Figuraos tres salas, llenas de flores, de luz y de perfumes, guarnecidas de elegantes damas, que hacían olvidar lo precioso de sus adornos, para pensar solo en admirar su belleza: colocad

en la segunda un armonioso piano y un magnífico órgano expresivo, ante el primero á la graciosa figura de la señorita Imbert, y ante el segundo á un gran artista alemán: á Mr. Luis Engel.

La señorita Imbert nos hizo oír una deliciosa pieza del *Belisario*, ejecutada con la perfección y delicadeza que le son propias, y en seguida nos sentimos arrebatados de entusiasmo por las sublimes melodías del órgano expresivo que, bajo la poderosa mano de Engel, ora gemía, ora elevaba un canto de guerra, ya exhalaba una tierna plegaria, ya una suave y dulce balada pastoril.

Nunca habíamos oído cosa semejante, y nadie se atrevía á respirar por escuchar con toda el alma tan celestial armonía.

Mr. Engel no es un mero concertista.

Ilustre profesor del Conservatorio Real y de la Academia de Lóndres, es además quien, por decirlo así, ha introducido en los salones ingleses el órgano expresivo, cuyo instrumento, hasta la llegada de aquel, no habia servido mas que en las capillas y en las iglesias.

Debiendo crearse una biblioteca especial para el órgano, Mr. Engel ha escrito cinco métodos en inglés, en francés y en alemán, y cerca de trescientas piezas, originales unas y otras arreglos y fantasías.

Este artista, que cuenta entre sus discípulos á la mas alta aristocracia de Inglaterra, es quien en 1855 en París y en 1862 en Lóndres, tocó los órganos de Alexandre ante el gran jurado de la esposicion, y obtuvo la gran medalla.

Para formarse una idea del acrecentamiento en la venta de este instrumento en Inglaterra, y que indudablemente se debe á la vez que á su mérito al del artista que lo ha hecho mas notable, basta conocer las siguientes cifras.

Antes de llegar Engel á Lóndres, hace siete años, se vendían allí, por término medio, sesenta instrumentos por año: en el año último la venta ha producido sesenta mil libras esterlinas, cerca de seis millones de reales.

Basta lo dicho para el cumplido elogio que merece Engel y para el que son frias las rutinarias frases de que tanto se ha abusado en el terreno de las alabanzas.

La señora condesa de Pomár, señora de Noguerras y señorita Marin, así como los señores Azula y Font, nos hicieron pasar deliciosos instantes con las preciosas piezas que cantaron especialmente la primera, que se acompañó por sí misma una delicada melodía, tan bella como su rostro, que es cuanto se puede encarecer.

Seguidamente leyó la simpática poetisa cubana, *La hija del Yumuri*, una bella poesía titulada *Grandeza de amor*, tan sentida como todas las suyas, y la jóven señora Sinués de Mar-

co, nuestra querida directora, unas melodiosas octavas, en el estilo tierno y dulce que le es propio, y que hace un canto del alma de cada una de sus poesías.

A la una se abrió el *bouffet*, servido con la esplendidez de costumbre en todas las fiestas que da el Sr. de Soler, y terminó esta deliciosa velada con un baile que duró hasta las cuatro de la mañana.

Os hablaré ahora de algunos trajes que admiré por su gracia y elegancia.

La amable y distinguida señora de Soler vestía uno de tanta riqueza como gusto: era de moiré color de cereza con encajes negros y blancos, formando en la parte inferior de la falda, en el cuerpo y en las mangas un caprichoso y lindísimo adorno, mezclado con cinta de glasé blanco: el prendido era de flores de pluma de los colores del vestido, de un mérito singular.

La señora condesa de Pomar llevaba un riquísimo traje de terciopelo negro, con pendientes y cruz de enormes esmeraldas y gruesos brillantes.

La bellísima y elegante condesa de Cumbres-altas, traje de seda azul y blanco, y prendido de plumas azules con broches de brillantes: estaba radiante de hermosura.

Su preciosa hija, que siempre que la vemos se nos figura la hada de la juventud y de la belleza, se asemejaba á una ondina, ataviada con un traje de tul blanco, adornado graciosamente con cintas y lazos celestes, luciendo en su peregrina cabeza una nevada y delicada flor, que formaba dos plumas: era una ninfa que parecía tener su nido en uno de los grandes arbustos cargados de camelias que decoraban el salón, y que había salido de él para encantar los ojos.

Su prima ostentaba su espresiva y radiante belleza, ataviada con un lindo traje de seda verde, elegantemente adornado de cintas: sobre sus negros cabellos lucía admirablemente una corona de flores púrpura.

La señora de Alonso Martínez vestía un precioso traje de moiré lila, que realzaba su gracia natural, y un prendido elegantísimo, formado de encaje blanco y cinta lila, que armonizaba con su rubio y hermoso cabello.

La señora de Oliván llevaba un traje de moiré color de pensamiento, si mal no recordamos, adornado de encaje negro.

Su linda hija, uno chiné de colores claros.

La señora Sinués de Marco estaba maravillosamente ataviada con un rico traje de glasé blanco, adornado de una manera tan sencilla como distinguida: sobre el cuerpo del vestido llevaba unos tirantes de glasé rosa subido, á gruesas tablas, y que desde el talle se desplegaban sobre la falda en anchas bandas: igual adorno se repetía en la espalda, flotando otras

dos largas bandas por detrás: estos tirantes estaban adornados en el cuerpo con encaje negro estrecho, y en las bandas con otro mucho más ancho.

Completaba su adorno un sencillo collar de azabache con dos cruces, pendientes de brillantes y ricos brazaletes de oro y perlas: sobre sus rubios cabellos llevaba una rosa de pasión y otra blanca, con largas caídas de capullos, de una delicadeza estremada, y colocadas con infinita gracia.

La señora de Cantillo llevaba un traje lindísimo, color de cuero muy claro, con encajes negros, y ricos brillantes, que realzaban la belleza de sus facciones tan dulces y tan espresivas.

La graciosa señora de Cotta vestía un precioso traje de color de cuero, muy claro también, con adornos blancos y negros formando cuadros: entre el cabello, lucía algunas flores grana.

La simpática y elegante señorita de Alegria llevaba un traje habana claro con adornos lila, hecho con un gusto esquisito: aderezo de corales, y sobre sus cabellos castaños, algunas flores púrpura con follaje verde, colocadas con suma gracia.

La señora del general Otero llevaba un rico traje de seda oscuro, y su linda hija uno lindísimo gris.

La señorita Imbert llevaba un bonito traje, color de cuero claro con adornos de terciopelo y gruesa felpilla negra.

Otras varias señoras y señoritas admiró esta vuestra curiosa revistera, que se ocultó tras un tapiz para ver sin ser vista, por ser este el mejor modo de observar.

Entre los caballeros vió á los señores Alonso Martínez, Monares, Oliván, condes de Pomar y de Cumbres-altas, Chacon, Marco, Santistéban, Palacio, Moragas, varios extranjeros de distincion, y otros muchos de que no hace memoria.

La próxima revista de modas, quizás la escribirá nuestra directora desde París, donde ya es esperada por muchos amigos y hermanos en letras: por ahora cesaré yo en mi tarea, para que aquella suave pluma os describa las graciosas y fantásticas novedades de esa soberana jóven y bella que llamamos MODA.

PAMELA.

A DANTE.

SONETO

(de Miguel Angel Buonarroti.)

El descendió al abismo: raudo luego
 Cuando vió los infiernos, sube altivo,
 Llega hasta Dios, y de su rayo vivo
 Muestra á la tierra el increado fuego.

Astro de gran valor, al hombre ciego
Lo eterno enseña; mas el hombre esquivo
Se complace en mirarlo fugitivo,
Cual á sus héroes receloso el griego.

De Dante el libro fué menospreciado
Y el noble anhelo, que en su pecho hervía,
Por la envidia que siempre al génio oprime.

Mas.....¡si yo fuese él! Si igual mi estado,
¡Cómo aun el cétero mismo cambiaria
Por su destierro y su virtud sublime!

NARCISO CAMPILLO.

ESPLICACION

Y APLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

FIG. 1.^a.—*Traje de visita y paseo*: vestido de moiré antique color de pensamiento, guarnecido en el bajo de cada paño de la falda por tres cintas de terciopelo negro, algo mas larga la de en medio que las de los lados.

Cuerpo de talle redondo: cinturón de terciopelo.

Mangas semi-ajustadas, adornadas con cintas de terciopelo, semejantes á las de la falda.

Pequeño paletot de terciopelo negro bastante entallado: por cada una de las costuras corre una cinta de pasamanería, que en las de la espalda se detienen mucho mas cortas que las de los costados, que llegan hasta el fin del paletot.

La manga de esta elegante prenda es ajustada, y lleva, en la parte superior y en la inferior, lindas pasamanerías, que forman hombrecita y vuelta. Cuello con puntas bastante largas de batista. Manguitos en forma de puños, del mismo género.

Sombrero de tul blanco, guarnecido sobre el lado izquierdo del casco por un nudo de felpilla blanca, que descende en una sedosa lluvia: el ala está bordeada de una ligera franja de la misma felpilla: en el interior, diadema de narcisos nacarados con hojas verdes de crespon: bridas de seda blanca de gran anchura.

Guantes color de ocre claro, con las costuras ejecutadas con seda negra, género que es hoy la suprema distinción.

Una jóven casada, una novia para su primer paseo, no podia elegir traje mas lindo, mas elegantemente sencillo: el sombrero canta un himno á la primavera con su frescura, su suavidad, y su delicado follaje verde.

El paletot, cortado por la magistral tijera de

María Bataillon, autoridad irrecusable hoy en Paris, es una confección llena de gracia y de coquetería, que hace mas jóven á la misma juventud: el vestido con su color intenso, y su rica tela, habla de deberes conyugales y de formalidad, como para atemperar lo bonito y juguetón de las otras prendas.

Para una señora de edad es tambien elegante, y cambiará en dignidad toda su coqueta gracia, haciendo el paletot menos entallado, la manga del mismo mas ancha, y adornando el sombrero con plumas blancas y algun encaje negro, en vez de los narcisos y la felpilla.

FIG. 2.^a.—*Traje de convite, recepcion y soirée de confianza*: vestido de glase, color de cuero claro, guarnecido, en la parte inferior de la falda, por una blonda de Chantilly, que forma una onda en cada paño, y á la que sirve de cabeza un doble escarolado de la tela del vestido: este escarolado está montado en puntas.

Cuerpo de talle redondo.

Cinturón de cuero del color del vestido con broche de oro.

Mangas ajustadas, adornadas con un jokey formado por una blonda de Chantilly, al que sirve de cabeza un ruche en armonía con el de la falda: la manga está abierta en su parte inferior hasta cerca del codo, y guarnecida con una blonda y un ruche igual al de la hombrecita, aunque algo mas pequeño.

Cuello de batista guarnecido de un diminuto valenciennes: mangas interiores con puños redondos en sus extremos, que se cruzan ligeramente.

Corbata de blonda negra.

Tocado compuesto de una pequeña catalana de blonda negra adornada sobre la frente y en el lado izquierdo por algunas ramas de fuchias, y completado por algunas lazadas de terciopelo negro.

Guantes color de pizarra, y cadena corta de oro para el reloj, que se sujeta en el cinturón.

Ningún traje mas general podiamos ofrecer á nuestras suscriptoras: él es lindo y gracioso para todas las edades, aunque á las señoritas aconsejaremos que sustituyan al encaje una franja de felpilla negra, porque la sencillez y la modestia se avienen mejor con la juventud.

Siguiendo nuestro propósito, os presentamos, queridas y amables lectoras, trajes de verdadera utilidad, y que pueden hacerse al instante por la distinguida sobriedad de los adornos.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.